



NAC-USA
DEVELOPMENT
INSTITUTE

**Adviento:
Expectativa**

GUIÓN DE MITAD DE SEMANA

**Adviento:
Reflexión**

2017

Diciembre

Sesión 1 – Adviento: Expectativa

Durante esta temporada de Adviento, reflexionemos sobre las palabras de Jesús: «¡Pero las Escrituras me señalan a mí!» (Juan 5:39 NTV). Desde Génesis hasta Apocalipsis, el Antiguo y el Nuevo Testamento están ligados entre sí. Los profetas del Antiguo Testamento predijeron que Jesús nacería en Belén, Él nacería de una virgen. Él aplastaría la cabeza de la serpiente y sería una bendición para todas las naciones. Él sería raíz de Isaí y descendencia de David y vendría del linaje real de Judá. Él fue criado en la despreciada aldea de Nazaret, en la región de Galilea.

Podemos ver en las Sagradas Escrituras cómo todo anuncia y apunta a Jesús. Las Escrituras son la Palabra de Dios, que nos es revelada por el Espíritu Santo a través de los hombres. Cuando damos un paso atrás, podemos maravillarnos por la manera en la que Él ha ordenado que todo se desarrolle a lo largo del tiempo y la historia.

Ahora reflexionemos sobre el linaje de Jesús como el Hijo del Hombre (Mateo 1:1-17). Estos parientes de sangre incluían a gentiles y judíos, a un cananeo y a un moabita con comportamientos cuestionables según los estándares actuales. En muchos casos, un linaje vergonzoso para el Hijo de Dios como el Hijo del Hombre. Sin embargo, no fue ningún accidente.

¡Vaya! Dios, el Padre, eligió esta ascendencia para Su Hijo. Del linaje de personas imperfectas vino el perfecto Hijo de Dios. Podemos encontrar gran esperanza y gozo en este hecho. De nuestra propia ascendencia, que también puede ser imperfecta, Dios está preparando una novia para Su Hijo. ¡Dios ciertamente nos ama y, por eso, nos ha llamado a ti y a mí!

Estas reflexiones también aumentan la expectativa de que nuestra fe se convierta en visión. Veremos en su plenitud que Dios y Su plan de salvación son perfectos. Aunque Su voluntad está a menudo más allá de nuestro entendimiento, si confiamos en Su voluntad, podemos convertirnos en las personas que Él tiene como propósito que seamos. Tal como los antepasados de Jesús permitieron que Dios los usara en Su plan, nosotros también debemos aceptar el plan de Dios para nosotros. Podemos estar seguros sabiendo que no importa lo que esté en nuestro pasado, Dios puede hacer algo hermoso, incluso si estamos llenos de pecado y vergüenza.

El plan de salvación de Dios es relevante para todos los periodos de tiempo y para todas las personas, sin importar sus experiencias de vida. A través de Jesucristo, somos invitados a la comunión con Dios y somos llamados a ser parte de Su plan extenso.

Es importante que empecemos a ver cuán perfectamente nuestro Padre Celestial ha organizado todo en nuestras vidas, lo bueno y lo malo, lo evidente y lo incierto. Pablo nos lo recuerda muy bien: «Ahora vemos todo de manera imperfecta, como reflejos desconcertantes, pero luego [veremos cara a cara]. Todo lo que ahora conozco es parcial e incompleto, pero luego conoceré todo por completo, tal como Dios ya me conoce a mí completamente» (1 Corintios 13:12 NTV).

No negamos las dificultades de nuestro tiempo, ni las imperfecciones en nosotros y a nuestro alrededor. Las condiciones del nacimiento de Jesús nos demuestran que nadie y que ningún lugar está por debajo de Su alcance. El Señor siempre estará con nosotros (Mateo 28:20). Cuando el Señor haya terminado Su plan de salvación, Él podrá decir una vez más: «Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera» (Génesis 1:31) –¡el círculo completo!

Sesión 2 – Adviento: Reflexión

Los profetas que hablaron en nombre de Dios durante los tiempos del Antiguo Testamento le hablaron al pueblo de Israel sobre el Mesías prometido, quien los restauraría y los redimiría. Después del profeta Malaquías, el pueblo entró en un periodo de unos 400 años en el que Dios guardó silencio y el pueblo quedó sólo con la esperanza de que las palabras de los profetas algún día se harían realidad. El silencio se rompió y la esperanza

se cumplió con la encarnación de Dios en Jesucristo. El Hijo de Dios moró entre el pueblo, completamente Dios y completamente humano, para rescatarnos a todos de la esclavitud del pecado.

¿Cómo responderías si se te hiciera esta pregunta?: «¿Qué significa para ti la encarnación de Dios en Jesucristo?». Algunos dicen: «Bueno, sucedió hace unos 2,000 años, entonces, realmente no tiene ningún impacto en mí». ¿Cómo podrías responder y compartir que el impacto del nacimiento de Jesús es el mismo hoy para ti que el de hace todos esos años atrás? Reflexionemos sobre los siguientes puntos:

En primer lugar, con la llegada de Jesús, la luz brilló en un mundo de tinieblas. Así como Dios dijo: «Sea la luz», durante el tiempo de la creación, la llegada de Jesús fue una luz que penetró en la oscuridad del mundo, la cual había envuelto al pueblo de Dios. Juan escribió lo siguiente en su Evangelio: «En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron» (Juan 1:4-5 LBLA). Además, Juan dijo que Jesús es: «la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene al mundo» (Juan 1:9 LBLA). En Sus propias palabras, Jesús dijo: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andaré en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Juan 8:12). Con el nacimiento de Cristo, el Dios eterno rompió las barreras del espacio y del tiempo – a cada persona en el pasado, en el presente y en el futuro, se le daría la oportunidad de andar en la luz en lugar de en las tinieblas, y tendría la oportunidad de renacer. Muchos le llaman a la temporada de Adviento la temporada de la luz y de la esperanza. Cuando Jesús mora en nosotros y es la luz de nuestras vidas, también nos convertimos en personas de luz y de esperanza.

En segundo lugar, la llegada de Jesús en la carne abrió el camino para que todos conocieran y entendieran a Dios como nuestro Padre Celestial. Pablo escribió: «Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2 Corintios 4:6). En Jesús, vemos a Dios, el Padre, y a través de lo que el Espíritu nos ha compartido mediante las Escrituras, entendemos que nuestro Dios es un Dios de amor que desea que todos compartan la eternidad con Él. Nuestro Dios quiere que todos los que están perdidos sean encontrados en Él. Además, nuestro Dios nos acoge en Su presencia como nuestro Padre Celestial. Mateo hizo eco del profeta Isaías cuando escribió sobre el nacimiento de Jesús y que todos lo llamarían Emanuel, que significa «Dios con nosotros». Por Jesús, sabemos que nuestro Dios mora entre nosotros todo el tiempo y nunca nos abandona. Este conocimiento nos llena de confianza, humildad y el deseo de glorificar a nuestro Dios en todo lo que hacemos. La vida de Jesús en la Tierra nos da un ejemplo de una vida que verdaderamente glorifica a Dios.

En tercer lugar, Jesús salió de lo eterno y entró en el tiempo para rescatar a la humanidad de su pecado y restaurar la relación entre Dios y el hombre. Jesús es el mediador del nuevo pacto. En la epístola de Pablo a los gálatas, él escribió: «Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo. Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos» (Gálatas 4:3-5). En un momento perfectamente escogido, Dios cumplió las promesas dadas por medio de los profetas, de que Él nos salvaría a todos de la esclavitud del pecado. Los caminos de Dios son, y siempre han sido, perfectos. Y, así como Él cumplió todas Sus promesas en el pasado, Él cumplirá Sus promesas en el futuro. Nosotros como Sus hijos e hijas, hemos sido librados de nuestro pecado. Dios se hizo carne en Jesucristo; Él tomó sobre Sí mismo nuestro pecado y murió la muerte que nosotros merecíamos. Luego, Él nos ofreció a todos nosotros Su justicia, para que pudiéramos ser justificados ante nuestro Dios. ¡No hay mayor regalo que podamos darles a los demás que compartir esta verdad del Evangelio con ellos!

A través de la encarnación de Dios en Jesucristo, no tenemos que andar más en las tinieblas, tenemos un mejor entendimiento de nuestro Padre Celestial y se nos ha dado la oportunidad de ser librados de nuestro pecado. Dios rompió Su silencio con un estruendoso *crescendo* de Sus palabras: «Sea la luz» y proclamó Su amor por nosotros con el nacimiento de Jesús. Así como el ángel del Señor y las huestes celestiales lo proclamaron, recordémonos unos a otros compartir las mismas verdades maravillosas en el tiempo de Navidad y durante todo el año:

«¡No temáis [...] buenas nuevas de gran gozo [...] para todo el pueblo!
¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!».
(Lucas 2:10, 14)